

ética, bioética y vida cotidiana

Primera Parte

Carlos Eduardo Maldonado¹

I

De una manera inusitadamente creciente, existe una amplia, y creo que sólida, preocupación por la ética². Son cada vez más los eventos académicos consagrados a la misma; el número de artículos sobre la materia en revistas especializadas y generales sobre la misma es significativo. Se han creado incluso cátedras que implican o que atraviesan transversalmente a la ética. Existen ya, en el país, estudios a nivel de postgrado dedicados a la misma. En fin, incluso existen asociaciones profesionales y otras definidas por su interés nuclear por la ética. En una palabra, podemos decir que la ética en general puede ser identificada como un atractor fijo, no un atractor periódico y mucho menos extraño. Quiero pensar que esta situación es el resultado, esto es, el efecto de una serie de circunstancias altamente conspicuas.

Quisiera ocuparme con este texto indirectamente de la ética, y más directamente de un campo anexo, por así decirlo: la bioética. Lo que haya de decir sobre ésta puede aplicarse, por derivación, extensión o analogía, a aquella. La razón por la que me propongo aquí esta delimitación es la de que, si se me permite la expresión, la bioética puede ser caracterizada, en el sentido lato de la palabra, como un atractor extraño. Extraño por cuanto el conjunto de la sociedad no ha accedido a la bioética, y extraño además porque no existe aún un consenso sólido acerca de la misma, si bien puede apreciarse un interés creciente por ella.

La bioética ha sido interpretada como una ética aplicada, por ejemplo, a la manera de una ética deontológica, vinculada estrictamente a los ámbitos, temas y problemas de las ciencias de la salud, de los profesionales de la salud y, en general, de los agentes de salud. Como tal, la bioética sería parte integrante, aunque aplicada y parcial, de la ética en general. Desde este punto de vista, la bioética se ocupa de temas y problemas que pertenecen al espacio ocupado entre dos extremos: los dilemas del comienzo y del final de la vida. En una palabra, la bioética, así entendida tiene como núcleo a la bioética clínica y, en un espectro quizás más amplio, a la bioética médica; por ejemplo, definida a partir de los retos y desafíos de la biomedicina y de las tecnologías aplicadas a la vida. Pues bien, esta es la comprensión *normal* de la bioética.

¹ Profesor-investigador Facultad de Finanzas. Universidad Externado de Colombia

² Texto de la conferencia presentada ante el X Seminario Nacional de Ética y el V Simposio de investigación y trabajos de ética y bioética de la Asociación Colombiana de Facultades de Enfermería (ACOFAEN), en Junio, 2006.

Con ello, quiero sostener dos ideas. De un lado, la caracterización mencionada trata de la bioética *normal*, tomada la normalidad en el sentido que la asigna Th. Kuhn a la ciencia normal. Así, “ciencia normal” es el concepto empleado para designar sencillamente aquella ciencia que *funciona*, esto es, que sirve para resolver problemas, aquella que se enseña normalmente y sobre la cual existen currículos más o menos consensuados o que por lo menos no implican grandes divergencias; en fin, se trata de aquella ciencia que es política y socialmente correcta. Kuhn sostiene que la ciencia normal al mismo tiempo que consiste, puede sintetizarse como, *higiene, asepsia*. Así, por ejemplo, se trata de todo el trabajo pedagógico, cultural, político de conservación y de transmisión adecuada y rigurosa del conocimiento.

Lo maravilloso de la comprensión kuhniana de ciencia es que la ciencia normal no es la única –e incluso ni siquiera es la más importante- forma de ciencia. En efecto, al lado de la ciencia normal Kuhn concibe igualmente a los nuevos paradigmas. La manera más amplia y genérica de designarlos es como “ciencia revolucionaria”. Esta es la ciencia que ya no solamente resuelve problemas, sino, más significativamente aún, plantea (= formula) problemas. Se trata, en una palabra, de la ciencia que se da la tarea, denodada, riesgosa, difícil pero apasionante, de correr las fronteras del conocimiento.

Kant sostenía en su momento algo que sigue siendo válido en nuestros días: “vivimos una época de mucha moralidad, pero de muy poca ética”. Pues bien, en relación estrecha con la idea expuesta por Kant, con este texto me propongo defender una idea que a algunos les parecerá desatinada, desproporcionada o extremista. Me propongo defender la idea según la cual la ética no es algo que se pueda ni se deba enseñar. No es necesario enseñarla y mucho menos es deseable hacerlo. Por extensión, lo que afirme acerca de la ética será análogamente válido para la bioética. Esto es, la bioética no es algo que se pueda ni que se deba enseñar. Sólo que, en el caso de la bioética, esta aseveración es extensible *tan sólo* a la bioética normal. Con esta tesis, me propongo, en realidad, defender una segunda tesis, a saber: la bioética no es lo que la comprensión normal afirma ni lo que ha trabajado. La bioética normal es un engaño: debe ser posible y es incluso necesario pensar y trabajar la bioética en otro sentido. Me refiero a la bioética entendida como una disciplina científica que se ocupa, con preocupaciones éticas, culturales y políticas, de los sistemas vivos. Esto es, de los sistemas que exhiben vida.

II

Hay un doble fenómeno generalizado sobre el cual quisiera llamar la atención. Una observación puntual: los fenómenos generalizados, en la esfera social y cultural, son en realidad fenómenos habituales, obvios, que van de suyo, y sobre los cuales, usualmente, existe muy poca reflexión crítica. Se los toma como datos o evidencias a partir de las cuales, eventualmente, realizamos otras consideraciones y nos ocupamos sobre las mismas, dando por sentados aquellos.

Me parece conspicuo que, de un lado, haya una preocupación grande por la metodología de la ciencia y la lógica de la ciencia, notablemente, en el contexto de la investigación. Así, la metodología de la investigación científica, como la lógica de la investigación científica constituyen serios y crecientes motivos de ocupación y preocupación. Dejo de lado aquí incluso la preocupación por las técnicas de la investigación científica, entre otras razones porque considero esta preocupación algo banal.

Creo que las razones sanas por esta preocupación por la lógica y la metodología de la investigación corresponden a consideraciones afanosas por alcanzar la ciencia, por hacer algo extremadamente difícil de hacer: *buena ciencia*, en fin, por crear y consolidar una comunidad científica sólida y prestigiosa. Esto, sin embargo, no nos debe desviar la mirada sobre razones menos saludables y sí más interesadas, como es, en nuestro contexto, la lucha férrea aunque callada, por los procesos en marcha de acreditación académica a todos los niveles y la búsqueda de la excelencia y las consecuencias que acarrearán estos procesos y logros de acreditación.

Pues bien, a partir de lo anterior, es notable que haya –creo que afortunadamente no muchos- profesores y expertos en metodología de la investigación e incluso, más ampliamente, profesores de lógica; por ejemplo, de lógica de la investigación. Hay que advertir que, por definición, un profesor de metodología de la investigación, de lógica de la investigación e incluso de técnicas de la investigación, no es, en realidad, un investigador en el sentido fuerte y exigente de la palabra, si bien existen excepciones notables. Mejor aún, quien sea de verdad un investigador consagrado y prestigioso difícilmente se definirá a sí mismo(a) como profesor de metodología, aun cuando lo(a) inviten a hablar de la metodología o de lógica. Insisto, naturalmente, notables excepciones.

En lógica uno de los capítulos más importantes desde muchos puntos de vista es el estudio de las falacias y los errores lógicos, incluido el problema del falibilismo; esto es, el de saber si la lógica es falible o infalible. En lógica es sumamente grave hablar de identificar, errores lógicos, tales como falacias formales y falacias materiales, paralogismos, referencias sin sentido, sentidos no referenciales y otros semejantes. En una palabra, un error lógico es un error en el pensamiento, y si tenemos en cuenta que creemos que los seres humanos son lo que son y son lo que pueden ser gracias a las ideas, los conceptos y los juicios que tienen y que elaboran, hablar entonces de errores lógicos equivale, de manera necesaria, a decir que hay seres humanos que se equivocan en la vida, que están equivocados e incluso que han estado equivocados. La traducción ética, política, cultural y filosófica de esta idea es de una gravedad que no escapa a nadie sensible. Sin embargo, no es sobre este plano que quisiera que nos inclinemos, por delimitación del tema propuesto.

Por el contrario, hay un segundo fenómeno que me parece igualmente fundamental y que, en realidad, es complementario –la otra cara, si se me permite la expresión-, de aquel otro. Me refiero al hecho, sorprendente, de que hay clases de ética, existen profesores de ética, e incluso hay estudiantes que se rajan en ética; peor

aún, hay estudiantes que pierden ética, la repiten, la habilitan o la validan. Esta circunstancia me parece sencillamente anodina.

Propongo que nos detengamos, por un instante, en esta circunstancia.

III

Sin ambages, cabe decir que en el mundo contemporáneo, la ética cumple análogamente las mismas funciones que en la Edad Media cumplía la teología. De modo más directo, la ética cumple en el mundo contemporáneo las mismas funciones que cumplía la teología durante el medioevo. En efecto, como se recordará, la teología fue considerada durante algo más de diez siglos, como *scientia magna* a la cual, por lo demás, le correspondía una *via regia*, que era la filosofía. Era la ciencia a la cual conducían todos los demás conocimientos, saberes y prácticas y, a su vez, era la ciencia de la cual se derivaban todos los demás conocimientos, discursos y haceres. Esto es, en lenguaje lógico, la teología era al mismo tiempo que instancia de validación y legitimación, el ámbito de la fundamentación. La teología era, literalmente, el conocimiento de Dios, por medio de o gracias a la fe. A quien, por alguna razón no se le diera la teología, le quedaba la filosofía, que era a la sazón el conocimiento de Dios por medio de la razón, mientras se le daba la fe y si acaso se le daba, pues la fe era una gracia a la cual se debía aspirar, pero que no necesariamente le acaecía a todos y cada uno. Por ello exactamente se emprendían catequizaciones y se hablaba de la importancia de la propagación de la fe. La propaganda es hija del espíritu medieval, sólo que en el mundo moderno y contemporáneo se desarrolló por otros medios y con otros lenguajes.

Por razones históricas por todos conocidas, la teología cayó en descrédito, la Edad Media murió, atravesamos por el Quattrocento y el Renacimiento, entramos en la modernidad y descubrimos el pensamiento científico, propiamente dicho, llegando ulteriormente hasta el mundo contemporáneo. Pues bien, como resultado de esta transición la teología fue confinada a espacios cerrados y especializados, pero en su lugar, en la llanura abierta y desierta, nació y prosperó la ética. En otras palabras, dado que en un mundo axiológicamente plural y marcado por la diversidad no es, por así decirlo, de buen recibo hablar de teología, en ese mismo mundo sí es natural y necesario hablar de ética. De esta suerte, no es en manera alguna posible hablar de ningún otro conocimiento o práctica sin presuponer o implicar, o sin atravesar, de manera necesaria y diagonal, por la ética. Así, se ha vuelto natural y necesario hablar de política y ética, derecho y ética, economía y ética, medicina y ética, periodismo y ética, pedagogía y ética, por ejemplo, y han surgido numerosas aplicadas y deontológicas.

Y entonces tuvo lugar un acontecimiento completamente inusitado en toda la historia de la humanidad. La ética se institucionalizó de varias maneras: surgieron currículos de ética, se organizaron eventos académicos de toda índole sobre la misma, se desarrollaron incluso departamentos y equipos humanos enteros dedicados al tema, y apareció una profusión de textos de toda clase sobre ética. Nunca en toda la historia de la

humanidad se ha hablado, discutido y publicado tanto sobre ética como en el transcurso del siglo XX y lo que va de este siglo. Esta profusión nace con Kant a partir de sus preocupaciones metafísicas.

En efecto, como se recordará, la pregunta de base en Kant es la de cómo es posible la metafísica como ciencia, considerando que el modelo científico paradigmático es la física newtoniana. Y la respuesta que encuentra Kant, es la de que la metafísica no es posible como ciencia a la manera newtoniana, pero sí es posible como metafísica de las costumbres. Esto es, la metafísica es posible como ética y como función ética. En otras palabras, la metafísica no es posible en el ámbito de la razón pura, sino en y como el ámbito propio de la razón práctica. La metafísica es una guía de vida, y más exactamente es guía como ética. En fin, la metafísica es la ética misma.

Con esta respuesta, Kant inaugura toda la filosofía contemporánea, la cual estará prioritariamente volcada hacia la razón práctica –el derecho, la religión, la ética, algunos atisbos incluso de política, e incluso alguna reflexión sobre la historia-. El resto es historia conocida. Sólo que esta historia se acelera con el curso del siglo XX, cuando desde diversas fronteras y dominios, la ética se convierte en el modo *par excellence* de hacer filosofía. Afortunadamente, los desarrollos del pensamiento en el curso del siglo XX hacen que la ética en general sea no ya un asunto de especialistas –por ejemplo, como sucedía con la teología durante la Edad Media, e incluso con la ética en el modo del pensamiento kantiano-, sino, se convierte en un asunto de consideración, de reflexión y de crítica abierta, pública. La ética es demasiado importante para dejársela sólo a los filósofos.

IV

En sus orígenes, la ética no es, en absoluto, un campo normativo. Por el contrario, en Sócrates, que es quien descubre la ética por primera vez en la historia de la humanidad occidental, la ética es un problema, un reto, un desafío. Más exactamente, es un problema agónico en el sentido griego de la palabra; esto es, se trata de un asunto en el cual nos va la vida o la muerte.

Durante veinticinco siglos, la ética fue un asunto exclusivamente antropológico o antropocéntrico. Tan sólo de los seres humanos, dicho en general, podía decirse que eran sujetos éticos. O sujetos morales. Sin embargo, en el curso del siglo XX y hasta nuestros días, la ética sufre una transformación radical, en verdad sorprendente e incluso maravillosa.

La ética ha abierto, por así decirlo, sus puertas y sus fronteras a otras realidades que el simple ser humano. Hoy hablamos sin dificultad de la ética del medioambiente, de la ética de los animales –notablemente gracias a P. Singer-, de la ética del *nascitur* o del paciente inconsciente, e incluso de la ética de las cosas mismas, de los objetos inanimados –notablemente a partir de reflexiones adelantadas a partir del Laboratorio de Medios (*Media Lab*) del MIT.

Podemos decir que, desde el punto de vista de sus contenidos, la historia o los momentos de la ética en la historia de la humanidad occidental se condensa en cuatro estadios, así: desde sus orígenes en la Grecia antigua, gracias a Sócrates, la ética se refiere a preocupaciones antropológicas y, más exactamente, del individuo. Este fue el tema de la ética durante veinticuatro, cerca de veinticinco siglos. Posteriormente, hacia los años 1980, comenzamos a hablar de una ética del medioambiente y, en general, de las preocupaciones e incluso las actitudes y las acciones hacia el medioambiente. Este giro fue, en verdad, excepcional, puesto que a nadie escapa que el medioambiente no está vivo. Puntualmente dicho, el medioambiente consiste en la litosfera, la atmósfera y la hidrosfera. Se trató, pues, de un desarrollo de la ética hacia una entidad no viva, como complemento o alternativo a la más importante entidad viva de la humanidad occidental: los seres humanos. El tercer estadio, mucho más reciente, se inicia hacia la década de los 90, cuando se comienza a hablar de la ética dirigida a entidades vivas de una dignidad menor, relativamente a la historia oficial de Occidente: los animales. Los animales también son susceptibles de juicios, acciones, cuidados y consideraciones éticas. Por lo reciente, a algunos este tercer momento les resulta incómodo. Los soportes científicos de los estadios segundo y tercero son la biología de la conservación, la ecología de la conservación y la ecología de paisajes. Finalmente, hasta la fecha, el cuarto momento es el de una ética de las cosas. Las cosas tienen derecho a su identidad, esto es, a un buen uso, a un entorno adecuado, y al acceso, a su vez, a otros objetos o cosas. Una manera adicional de designar a estos cuatro estadios históricos de la ética es hablar de la misma o de los mismos contenidos en términos de derechos. Así, por ejemplo, se trata del ser humano como sujeto de derechos, el medioambiente, los animales y las cosas, respectivamente, también como sujetos de derecho.

Sin embargo, desde el punto de vista lógico, la ética se articula en dos grandes dimensiones. De un lado, minoritaria en toda la historia de la humanidad occidental, la ética es un *problema*. Es decir, la ética no propone ni resuelve nada, sino plantea retos descubre desafíos, trabaja sobre problemas. Para Sócrates, el fundador de la misma, el problema esencial de la ética se compone de un solo y mismo problema que, no obstante, se dice de tres maneras distintas:

- a) ¿Cómo debo vivir?
- b) ¿Cómo se debe vivir?
- c) ¿Cómo debemos vivir?

Quisiera llamar la atención sobre el hecho de que el problema en manera alguna consiste en el problema de cómo puedo o podemos vivir. Con Sócrates, posteriormente han sido muy pocos, excepcionalmente pocos los autores o pensadores que han abordado, desarrollado y hecho suyo el modo de existencia de la ética como problema.

De otra parte, notablemente a partir del triunfo del cristianismo como doctrina oficial del Imperio Romano y hasta nuestros días, el segundo modo lógico de la ética es radicalmente distinto y ha sido el predominante, incluso el modo exclusivo de existencia, abordaje y transmisión de la ética. La ética ha sido, tradicionalmente, un ámbito normativo. Exactamente desde este punto de vista, la ética ha formado parte de la razón o de la racionalidad práctica, en el sentido kantiano y postkantiano de la palabra, por cuanto ésta consiste en las razones mediante las cuáles actuamos o dejamos de actuar en un momento dado y en una dirección determinada. La ética es un campo eminentemente normativo, independientemente de si se trata de normas personales o sociales, escritas o no escritas.